

J. H. P.

Narcís Comadira

La última vez que vi a Joan Hernández Pijuan fue el día de San Jorge de 2005, en los jardines de Pedralbes, durante el desayuno oficial ofrecido por el presidente de la Generalitat, por aquel entonces Pasqual Maragall. Aquel año, Joan había ilustrado la publicación que el presidente regalaba a sus invitados. Impresa en un magnífico papel, con diseño de Saura y Torrente, la *plaque* mostraba las retículas y las tramas de la última época del pintor, elaboradas con acuarela. Jugaba con las transparencias y, por tanto, con la calidad y textura del papel. En aquella mañana transparente de abril –siempre la incierta gloria de un día de abril– Joan estaba contento. Más delgado, con su proverbial pelo blanco, ahora cortísimo, parecía más alto, y despuntaba, como siempre, entre los demás invitados. Todos sabíamos que estaba muy enfermo, pero que, de momento, la enfermedad estaba controlada. Él mismo bromeaba sobre su delgada figura y su corto cabello, afirmando que había cambiado de *look*.

Cuando murió, recordé especialmente aquel día, y sobre todo su generosa respuesta al artículo\* que le había dedicado con motivo de su espléndida retrospectiva en el MACBA, el Museu d'Art Contemporani de Barcelona. En aquel texto, yo hablaba de su obra sobre papel y escribí una frase que, según me dijo, le había gustado mucho. La frase era ésta: “La calidad del papel forma parte de la obra”. Para agradecer mi texto, me envió un dibujo en el cual se hacía ostensible que la calidad del papel formaba parte de la obra. Una figura negra hecha con pincel sobre un papel que tenía gran cantidad de pequeñas manchas grises y negras que formaban parte de su textura. Era evidente que aquella textura, aquellas manchas, se relacionaban con lo que había hecho su mano, que papel e intervención sobre el papel ligaban perfectamente. Le agradecí su dibujo con uno mío. Él me lo agradeció con un espléndido catálogo.

Como sé que consideró que lo que escribí en aquella ocasión sobre sus papeles los definía muy bien, creo que merece la pena reproducir aquí un fragmento de aquel artículo:

“[...] Trabajos sobre papel. Dibujos y grabados. Se trata de una exposición paralela a la de pintura, una exposición casi autosuficiente, si lo que pretendemos es entender la manera de trabajar del pintor, sus temas plásticos y su evolución. El trabajo sobre papel, más directo y espontáneo que el trabajo sobre tela, parece que recoge la acción sensible de forma más inmediata y es capaz de comunicarla sin obstáculos matéricos. El papel, podríamos decir, está más próximo a la inspiración y, en cambio, la pintura de gran formato sobre tela lo está más de las ocho horas de trabajo, para seguir la conocida declaración baudelairiana. Los papeles de Joan Hernández Pijuan son preciosos. Tanto si es producto del lápiz como de la pincelada, el trazo aparece en ellos con una espontaneidad emocionante, y a su fuerza expresiva se suman las diferentes clases de papel, calificando la espacialidad que origina. La calidad del papel forma parte de la obra. Aquí aparecen las gradaciones de acuarela sobre papel milimetrado, con las acotaciones tan peculiares del estilo del pintor de los años setenta. Como también están, evidentemente, los reiterados dibujos de cipreses y casitas y campos y surcos y mallas y género de punto que han ido ocupando su producción después de aquellas obras más concentradas en una contención lumínica y en una materia menos ostensible que la de hoy”.

Hasta aquí ese fragmento.

Y pensando ahora en esta muestra dedicada exclusivamente a obras sobre papel, quiero añadir que, en artistas de las características de Joan Hernández Pijuan —artistas que juegan con la sensualidad de la obra tanto o más que con el icono que esta obra genera—, los papeles son importantísimos. Y es que en los papeles está la semilla de todo el resto: el icono, el trazo y también la materia. Y la última época de la pintura de J.H.P. es absolutamente deudora del dibujo. Las tramas, las retículas, las mallas, los surcos, ¿qué son sino dibujos hechos sobre la materia de la tela? La diferencia es que, en el papel, esta materia venía dada por el propio papel y, en la pintura, él mismo tenía que pastársela. La pintura gana en impacto, incluso en sensualidad, originada en los grandes formatos y en la untuosidad de la pasta. Pero los dibujos sobre papel ganan en sutileza, en ternura, en sensibilidad. La mano, es decir, el cerebro y el corazón, está más próxima. De los papeles brota toda la fertilidad creadora del artista; en ellos están todas las promesas. Los papeles son como la primavera del artista; ahí florece todo lo que recogerá durante el esplendor otoñal de la obra madurada. Me gusta recordar a Joan Hernández Pijuan aquella mañana de abril, y recordarlo ligado a aquel precioso dibujo sobre papel que me regaló su generosidad.

\* COMADIRA, Narcís. “Hernández Pijuan”, *El País*, Quadern, 13 de febrero de 2003.

## J. H. P.

Narcís Comadira

The last time I saw Joan Hernández Pijuan was on St. George's Day 2005, in Barcelona's Pedralbes gardens, during the official breakfast hosted by then president of the Generalitat, Pasqual Maragall. That year, Joan had illustrated the publication that the president gave as gifts to his guests. Printed on opulent paper, designed by Saura and Torrente, the small book of watercolors exhibited the lattices and weavings from the painter's final period. That is, it played with transparencies and, subsequently, with the quality and texture of the paper. On that clear April morning – April days are always uncertain – Joan was happy. Thinner, with his proverbial white hair cut very short, he seemed taller. And, as always, he stood out among the other guests. We all knew he was very ill, but for the time being, the illness was under control. He himself would joke about his thin frame and short hair, claiming that he had changed his look.

Upon his death, I particularly remembered that day and, above all, I recalled his generous response to the article\* I had dedicated to him on the occasion of his extraordinary retrospective at MACBA (Museu d'Art Contemporani de Barcelona). In the article I discussed his work on paper, and I wrote a particular sentence that he told me he was very pleased with: *The quality of the paper forms part of the work*. In thanks, he sent me a drawing that proved me right: a black shape rendered in brushstrokes on paper textured with countless tiny black and gray spots. It was clear that the texture of that paper and what he did with it were inextricably linked. I thanked him for his drawing with one of my own. He returned the gesture with a gorgeous catalogue.

I know he felt that what I wrote on that occasion captured the essence of his works on paper, so I thought it fitting to reprint an excerpt from that article:

[...] Works on paper. Drawings and engravings. This display is akin to a paintings exhibition, a nearly self-sufficient exhibition, if what we seek is an understanding of the artist's work methods, his artistic themes and his evolution. Work on paper, more straightforward and spontaneous than work on canvas, seems to capture this sensitive act in a more

immediate way and is capable of communicating it without physical obstacles. We could say that paper is closer to inspiration and that, in exchange, large-format painting on canvas is further away by about eight hours of work, to paraphrase Baudelaire's well-known comment. Joan Hernández Pijuan's works on paper are beautiful. The lines – whether the product of pencil or paint – are rendered with an exciting spontaneity, the various types of paper enhance the expressive power, highlighting the realm of space to which the strokes give rise. The quality of the paper forms part of the work. Here we see gradations of watercolor over squared millimeter paper, with the annotations so unique to the painter's style of the 1970s. Obvious also are repeated drawings of the cypresses and small houses and fields and ridges and lattices and knittings that progressively have dominated his artistic production in the wake of works more focused on light containment and rendered in a medium less ostensible than his current one.

Now, considering this exhibition dedicated exclusively to his works on paper, I would like to add that for artists like Joan Hernández Pijuan – who play with the sensuality of the work as much as, if not more than, they do with the image produced – the paper is of utmost importance. The paper is the root of everything that follows: the image, the lines, the medium. The final period of J.H.P.'s work is singularly beholden to drawing. The weavings, lattices, grids, ridges: what are they if not drawings on canvas? The difference is that the paper itself provides the medium, whereas on canvas the artist has to do everything himself. Painting wins out with its impact, and even its sensuality, due to its large formats and the oiliness of the paint. The hand, that is to say, the brain and the heart, are closer. From paper sprouts all the creative fertility of the artist; all promises lie therein. Paper is like springtime for the artist, for within it flourishes all that he shall harvest during the autumnal splendor of his mature work. I like to remember Joan Hernández Pijuan on that April morning, forever entwined in that beautiful drawing he gave me, born of his generosity.

\* Narcís Comadira, "Hernández Pijuan," *El País*, Quadern (February 13, 2003).